

La prosperidad con mendigos

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Supongo que los libre-emprestistas y neo-liberales del diario del Ministro Beltrán, empeñados últimamente en una campaña contra los intelectuales y en cuyo repertorio el uso de la palabra "imbécil" para calificar a la oposición ha sido la última conquista lexicográfica, no han leído una reciente información de "El Comercio", ilustrada con una patética fotografía, acerca de la mendicidad en Lima. Información y foto semejantes podrían brindarse del mismo fenómeno en todas las regiones del país, pues los últimos cinco años han sido pródigos, por causa precisamente de la aplicación de las transnochadas doctrinas que dichos periodistas auspician, en la multiplicación de ex-hombres lanzados a las calles por el hambre, la desocupación y la crisis económica que atraviesa nuestra patria y creo que no la han visto menos porque no leen la prensa que su jefe no controla que porque están ciegos para todo aquello que contradiga con hechos rotundos e irrefutables las crónicas y los artículos de "la vie en rose" que diariamente, con irresponsabilidad de la que la historia hará un buen ejemplo en el futuro, fabrican ante la máquina de escribir. Lo cierto es que nunca pudieron observar este fenómeno, ni aún cuando estaban en la oposición. Y ello por razón de que, a su estrecho juicio, pintar el panorama de la miseria y la mendicidad, revelarlo valientemente, era obra que sólo podía emprender quien obedeciera a supuestas consignas "comunistas". Es una antigua formulación del pensamiento oligárquico: hay que evitar la versión de la auténtica realidad porque resulta peligroso crear conciencia de la deformada estructura socio-económica del país y, en consecuencia, del fracaso del secular gobierno de la plutocracia.

Pero los mendigos están ahí, a la puerta del local de Baquijano, a los alrededores de la redacción en donde los periodistas aludidos inventan la prosperidad en base, simplemente, a la falaz estabilidad de la moneda. Ellos, en verdad, no consideran el oficio que ejercen como un trabajo de denuncia y fiscalización de los errores del gobierno y el grupo que lo maneja. Su misión es más concreta y menos arriesgada: redactar los memorandum que los organismos estatales (y algunas empresas privadas vinculadas a

ellos) les proporcionan respecto a un problema u otro. Si la realidad los contradice es que la realidad está equivocada. Tan irracional como esto es la actitud.

Hay pocas ciudades en nuestro continente que ofrezcan en estos días el panorama de mendicidad que, con una gama infinita, muestra Lima. El niño, el párvulo, que deambula hasta altas horas de la noche (y a estas alturas en las puertas de los restaurantes, de los cines, de los centros de diversión) extendiendo la mano a los transeúntes; la madre y el hijo de pecho, raquíuticos ambos, que integran un cuadro de horror en las puertas de las iglesias o de las grandes tiendas; el mutilado que alarga el muñón, la llaga, la tumefacción, cuyo reclamo ya no conoce el menor pudor; el ebrio y el loco, que dan tumbos, gesticulan y agreden, cubiertos de harapos y, a veces, semidesnudos; el joven que por sabe Dios qué causas íntimas solicita unos soles con el cuento de un dinero perdido; el anciano desamparado que ha olvidado la dignidad de su edad y expone sus años como una lacra, y cien casos menos expresos, como es el del vendedor ambulante, el del "suertero", el del lustrabotas, etc. Que el lector que no haya visto esta cohorte, que no haya sentido su terca solicitud, que me desmienta. No se puede, pues, decir diariamente, como un refrán maniático, que todo marcha admirablemente, que la moneda es dura, que hemos recuperado el crédito, que la producción ha subido, que ha comenzado la "reforma agraria" (?), que el plan de vivienda es perfecto, que el presupuesto está saneado, cosas que, además, no son ciertas, para arrojar una cortina de palabras sobre hechos tan vivos y ponderables como el de que hay pobreza suma y que de ella surte como un cruento chorro esa humanidad tristísima que en las calles nos asedia.

Nada pueden los artículos y editoriales dictados desde el poder contra la verdad. Si el autómata que los escribe cree que esa es su tarea, que por lo menos no acuse a quienes lo refutan de servir a causas ajenas a las del humanitarismo y el patriotismo. Con un poco de equilibrio interior podría cumplir su tarea mecánica y reconocer que, al practicarla tal como el zapatero hace zapatos, rechaza toda conexión personal con el deber social.